La viva elegía (1943)

Pedro Francisco Lizardo

Pedro Francisco Lizardo en "La viva elegía"

Efraín Subero

Poemas de dolor y de esperanza, donde la muerte cobra un profundo sentido de vivencia, de metafísica inquietud, que se remansa en la experiencia de la perpetuación de la vida del padre en el hijo, de la clara y perpetua, de la supervivencia en el más allá, en Dios.

Poesía transverberada y original, de acento propio e inconfundible. Lizardo, en el mar de su angustia y dolor, ha intuido la profunda belleza de la muerte esperanzada, y la ha expresado en unos versos colmados de plasticidad y de estremecida belleza.

Mons. Luis Eduardo Henríquez
Caracas, "La Religión", 4 de junio de 1944.

"La viva elegía" es en cierta forma una rebelación contra la muerte. No hay conformidad, no hay desfiguración, hay configuración personal de hondo sentido familiar.

No podríamos nosotros en tan corto espacio y apresuradamente, analizar las muchas dimensiones del poema. Tal sería tema de un ensayo denso y meditado. Ese tipo de ensayo que tanto necesita (no) la poesía estilística sino filosófica en busca del maravilloso fondo de la poesía.

El equilibrio es la sobresaliente característica de "La viva elegía". La característica que da base para situarlo entre la buena poesía, entre la mejor poesía venezolana de los últimos tiempos.

□

Creemos que este poema de Lizardo podría servir a una interpretación de la muerte que tanto y tanto se encuentra en la poesía venezolana actual. Es una visión de la muerte que difiere de la corriente. La persistencia de la persona humana aniquila su poder terrible. "La viva elegía" es uno de los mejores poemas venezolanos de los últimos tiempos.

Carlos Miguel Lollet
Caracas, "El Universal", 5 de noviembre de 1944.

1

NO EXISTE poesía sin hombre porque no existe poesía sin vida. Toda obra poética tiene un soplo vital que la sostiene.

En el caso de Pedro Francisco Lizardo la motivación profunda de *La viva elegía,* es la muerte del padre y todo lo que eso constituye para un hijo culto que percibe clara la herencia paterna y además, es poeta.

Pedro Francisco Lizardo es poeta de muchas lecturas. Pero sucede que las lecturas de Pedro Francisco son siempre asistemáticas, espontáneas, cuidadosamente arbitrarias. Y mucha gente se equivoca con él porque lo miran por encima y por encima no se le ve sino un raro talento desperdiciado para la letra aunque sin duda aprovechado para el silencio. Pedro Francisco cuida su palabra con el mismo rigor que cuida su silencio. Se le mira cordial, campechano y bohemio en la ciudad por fuera. Cuántas veces lo hemos visto verdadero e íntimo, reflexivo y callado, hondo, en el mudo testimonio del libro abierto. Pedro Francisco huye de la ciudad inevitable atemorizado y hastiado. Su biblioteca donde los libros se amontonan después de haber sido manoseados, leídos, es su último refugio, pero es su refugio.

Bien pocos se dan cuenta que en el por debajo profundo del hombre hay una inteligencia esplendorosa que observa, vive, sufre, crea y oculta su sufrir que es el mismo disfraz heroico de la ternura.

Me dispongo a instrumentar la segunda edición de *La viva elegía* y sucede lo que siempre supuse. El aparente desorden de los libros es el desorden aparente del hombre, que parece no quisiera releer sus huellas. Acaso porque como Enrique Bernardo Núñez se lo enseñó, las huellas vitales —en tierra, en piedra, en vida— son huellas sobre el agua...

Los recortes me vienen desde un álbum que conserva Gisela, la esposa amable. Y el álbum, por culpa de Pedro Francisco, hace años que se quedó en uno. Indago por su vida, porque es el camino indispensable hacia el verso. Y a duras penas me garabatea en papel de imprenta que nació en Bejuma, ahí mismo en Carabobo, el 25 de enero de 1920. Después anota varias cosas de Valencia. 1943: fundador del grupo "Estudios". 1944: fundador de la "Gaceta de Tierra Firme". Dos columnas diarias en "El Carabobeño": "Cristal de los días" y "Santo y seña". Colaboraciones en el diario "El Indice". 1945: Secretario Privado del Gobernador Enrique Tejera. Fundador, y después Presidente de la Asociación Venezolana de Periodistas, Seccional Carabobo.

Caracas. Su quehacer comienza en la Jefatura de Redacción de "Elite". Es redactor de "La Esfera". Colaborador de "El Nacional". Secretario General de la Asociación Venezolana de Periodistas (1952). Jefe de Redacción y Director del Suplemento Literario de "La Razón". Premio "Andrés Eloy Blanco" en 1958. Premio Municipal de Poesía en 1960. Accésit al Premio Nacional de Literatura en 1961. Colaborador y Director del Suplemento Literario de "La República", de la "Revista Nacional de Cultura", de la revista "Cultura Universitaria". Ha trabajado en Relaciones Públicas, en Publicidades. Ha sido diplomático. En años recientes fue director de la Televisora Nacional —abundan los recortes con elogios que callaron después—; también hizo periodismo desde algunas revistas caraqueñas de las más leídas. Ha sido condecorado con la orden "Andrés Bello". También con la "Francisco de Miranda". Ha pronunciado varios discursos célebres que sin embargo no se decide a recoger en libro. Uno en homenaje a Andrés Eloy Blanco, con motivo de recibir el premio. Otro en homenaje a Valencia. Un tercero en homenaje a Rafael Saturno Guerra. Un cuarto cuando pusieron en busto a Pocaterra. El Premio Municipal de Periodismo, instaurado por el Concejo Municipal del Dto. Bejuma, lleva su nombre. Ha sido Jurado del Premio Nacional de Literatura, del Premio Municipal de Poesía, del Premio Nacional de Periodismo, del Premio "José Rafael Pocaterra".

Su labor poética es de seis títulos: *Canción del agua clara* (1939), *Comarca de amor* (1942), *La viva elegía* (1944), *Pura, encendida rosa* (1945), *El tiempo derramado* (1954) y *Los círculos del hombre* (1959). Sin publicar en libro durante los últimos catorce años,

conserva inéditos tres libros: *Las escrituras desatadas,* un extenso poema aún sin título ni lector, y una "Tercera elegía".

Actualmente Pedro Francisco Lizardo dirige la revista "Imagen", semanario cultural del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA) y el Seminario de Novela Venezolana Contemporánea en la Escuela de Letras de la Universidad Católica "Andrés Bello".

□

Me agrada este nuevo encuentro, uno de tantos, con Pedro Francisco Lizardo que es también un padre excelente que bromea con sus hijos y escribe versos infantiles para que Mariana aprenda un día a leer con versos. Le digo que aquí vengo en procura de *La viva elegía,* cuya segunda edición de lectura hice una vez junto a la conmovida presencia de Gustavo Pereira. Por fin me entrega el libro. Que ni siquiera es de él, pues se trata de uno de esos pequeños tesoros conyugales que conserva Gisela.

Tras las ventanas de la biblioteca, que ya no puede con los libros, las flores estrenan vestiduras. Hojeo sus diversos poemarios. Me detengo en una que otra esquina.

En el caso de Pedro Francisco Lizardo, Carpentier, que es un poeta excepcional, lo excepcional puede serlo varias veces.

2

Sacudido por una emoción que no era simplemente, hace treinta años escribió Pedro Francisco Lizardo uno de los poemas memorables de Venezuela. Antes de él, de su viva elegía que afortunadamente treinta años, muchos años después continúa estando viva, el antecedente remoto y no muy exacto de Don Andrés Bello y "La oración por todos" (1843). Luego —1851, si mal no digo— el "Canto Fúnebre" de José Antonio Maitín. Años después la elegía que Pérez Bonalde le escribió a su hija Flor en 1883 y, naturalmente, "A un año de tu luz" del Andrés Eloy Blanco de 1950. Pero una elegía al padre que mereciera quedarse en la mirada no teníamos. "Mi padre el inmigrante", de Vicente Gerbasi, recuérdese, se publica dos años más tarde. Naturalmente que Lizardo ha debido leer el famoso trabajo de Manrique. España siempre está en el origen y muchas veces estuvo en la palabra. Pero en propiedad no se le

puede señalar como un antecedente válido, antecedente con huellas en *La viva elegía.* Como no tiene, pues, antecedentes que la menoscaben. Como la emoción intentó y encontró su propio camino. Como es un poema claro en el enigma, bien está que el rescate rompa olvidos. Porque *La viva elegía* que es un poema hecho de palabras, quiero decir sin intelectualismos, sin falsía, sin argucias inútiles, es un poema fundamental. Juntémoslo a la "Silva" de Bello (1826), a "Vuelta a la Patria" (1876) de Pérez Bonalde, al mismo "Canto Fúnebre" de Maitín —que ha envejecido tanto— a la misma "Silva Criolla" (1902) de Lazo Martí, a "Mi padre el inmigrante" de Vicente Gerbasi, y a la clamorosa elegía de Andrés Eloy, es decir, a los otros poemas esenciales de Venezuela.

Se ve que *La viva elegía* surgió de una muerte, no de una agonía. El poeta se sintió motivado hasta lo hondo, hasta la remota raíz de la palabra, y la dejó hacer. No hubo la forja lenta, peligrosa, difícil. No hubo otro apremio tampoco que no fuera el de la voz conmovida. No hubo estructura previa ni evasiones. No hubo el miedo a cantar lo ya cantado. Era un hijo, un poeta. El hijo hizo de dolor el canto.

3

Quinientos veintisiete versos. Catorce estancias. Predominio del endecasílabo libre. Y sólo tres estancias simétricas: la sexta, que está dicha en cuartetos, la novena en clásicos tercetos elegíacos, aunque todos en verso blanco y la duodécima en dísticos.

La estancia primera —38 versos heterométricos— constituye el presentimiento de la muerte. A la muerte "se la veía venir, / tocaba las almohadas y vigilias, / caía de las cosas, lenta, grave, / en un nocturno hacer y estar y andar". El poeta intuye la muerte. Pero también la sabe entre las cosas ("almohadas") y entre los meneste-res de la inteligencia ("vigilias"). Y cuando está en las cosas, invisible, menos para los ojos sensitivos del canto, cae de las cosas, se escurre por las cosas lenta y grave, porque la muerte no es sólo detenida e inerte. Le gusta "estar", pero también "hacer" y "andar" para que sea más extenso el deterioro. Nada escapa al periplo fatal. Tanto lo subjetivo como lo objetivo, tanto lo estático como lo dinámico. La muerte es mucho antes de que sea verdad. Porque se

le intuye como a un letal aroma, anuncia su presencia, omnipotente "con una voz lejana y honda / venida de la entraña profunda de lo lejos". Se le intuye, se le presiente, se le ve venir con sus voces, con sus aromas, pero también "entre silencios". Entonces se desprende del hombre que aprisiona, se desprende del tiempo, de los días que en cierta forma también le pertenecen, "de las manos unidas" inútiles del ruego, de las manos propuestas para el llanto. Pero no se marcha la muerte a sus feos dominios. Allí se siente, "cerca entre los ojos", se puede adivinar su "ardida imagen", dibujar su "perfil violento y duro" y no obstante, "inasible", contamina nada menos que "la carne de la rosa y el canto".

Desolado, el hombre "la veía crecer, crecer, crecer". La muerte empapaba las cosas de amargura. Moraba hasta "en la imagen y el aire de la madre", marchitaba los versos, destilaba del hueco de las manos. "Se la veía / a todas horas / jugar con el anillo y el misterio". Asombrosa coincidencia. Porque el *anillo* que pudiera entenderse como mención o alusión de un objeto, en verdad está lleno de sentido simbólico. En el *anillo* que puede parecer una figura simple están los círculos vitales, los círculos simbólicos del preso irremediable que preocuparon a Vallejo en la "Epístola a los transeúntes" ("...éste ha de ser mi estómago en que cupo mi lámpara en pedazos, / ésta aquella cabeza que expió los tormentos del círculo en mis pasos...". v. *Poemas humanos*). Los mismos círculos del transcurrir humano —en Lizardo y siempre signados de misterio— que se encuentran también en el no menos famoso "Poema conjetural" de Jorge Luis Borges ("En el espejo de esta noche alcanzo / mi insospechado rostro eterno. El círculo / se va a cerrar. Yo aguardo que así sea". v. *Poemas,* 1922-1943, Bs. As. Losada, 1943).

La segunda estancia —39 versos de irregularidad métrico-estrófica—, la cuarta —32 versos de igual factura— y la séptima —48 versos también estructurados irregularmente— glosan el motivo del llanto. El llanto, el dolor, Dios, el destino, el alma, y por supuesto la muerte como misterio inescrutable se entrelazan armoniosamente en *La viva elegía.* El llanto es en cierto momento una víspera de temor. El llanto adelanta sus velas húmedas en los hijos que están rodeando al padre "temerosos / de alzar la voz junto a su voz amada". El llanto es cierta forma de tristeza. O por mejor decir, es el desasosiego del hijo que contempla "aquel júbilo puro de su sueño" como también del padre "que se siente / arder entre su

barro perdurable" porque ambos se saben testigos de la muerte. Y se adivina el llanto en la emoción de la palabra que no sólo describe el rostro, que no sólo lo mira sino que lo comprende. Es entonces cuando el dolor del verso —que es el dolor del hijo— va a lo profundo en la melancolía. Porque el rostro que mira es el del padre, un rostro *cierto* "de claro atormentado" que no coloca sino que *derrama* las manos sobre el pecho, precisamente sobre el pecho.

Sin embargo todo esto es "en la víspera" donde no obstante ya "el llanto en dolor se levantaba". Después el llanto íngrimo. El llanto se despoja "Y es el llanto, / el puro llanto, / el solo llanto" (estancia IV). El llanto sin nada más que llanto circunda la familiar congoja. Pero este llanto que testimonia un dolor también lo unifica y lo proyecta y lo sostiene. El llanto es la trascendencia del sentimiento puesto que es quien lo une a la memoria. Donde hay llanto no existe desamparo. Me refiero a ese llanto compañero. Ese "llanto de verlo y no tocarlo".

La estancia VII, la otra estancia del llanto, sin difíciles llega a lo metafísico. Ahora el llanto puede ser también *el amor* y el *misterio* que constituyen *llantos invisibles.* El amor que es el llanto, se une al misterio en el enigma. Vive entonces el hombre como detrás del hombre, detrás de los ojos comunes, de los ojos que son únicamente ojos, "su viva dimensión de atormentado". Es este hombre —hombre-amor-llanto-misterio-enigma—, este hombre metafísico, extrahumano quien puede crear y tal vez explicar los límites complejos de la carne y el Verbo. De dónde se desprende la palabra y el Dios peculiar que la construye. Porque este Dios no es sino "un hombre pálido / que busca su imagen semejante entre nosotros".

Por el llanto se llega hasta donde está el alma. Que vendría a ser realidad y límite al mismo tiempo. El alma puede ser inmortal y mortal, puede ser lo inmortal de lo mortal y también lo mortal de lo inmortal. Por eso el alma "puede morir por años y por siglos" como también "hay horas en que somos inmortales". En lo que coincide Lizardo otra vez con un antiguo propósito de Borges, "aplicar el principio leibniziano de los indiscernibles a los problemas de la individualidad y del tiempo". Puesto que si en Lizardo es lo abstracto —el alma— quien centra el juego inmortalidad-muerte, en Borges es el "hecho que inmortaliza un poco, apenas, a los compañeros muertos que callan" (v. "El truco" y la nota explicativa que lo acompaña. *Poemas,* 1922-1943).

Ganado por lo metafísico, la creación poética plantea los relativos de la vida y la muerte. Y no sólo en la vida y la muerte del que muere sino del que la sobrevive, porque la vida del sobreviviente —como lo supo la agonía vital de Vallejo— es la sobrevivencia de la misma muerte. "Morir es renacer y estar naciendo, / restituirse al origen y a la tierra, / andarse por el cielo ensimismado. / No importa si en mi vida va tu muerte, / maravillosa, indestructible, cierta, / y algún día como a ti ella me hiera, / de tu muerte y mi muerte confundidas".

La segunda parte de la estancia introduce el tema de las ausencias —no de la ausencia—. De las "tremendas", las "terribles", las "fatales ausencias". Las ausencias, como diosas del mal, danzan ante los pasos, tocan al hombre con sus hielos, asustan con su "llama pavorosa", con su "grito desgarrado". Comprendo que las *ausencias* de Lizardo, Vallejo, son "los heraldos negros que nos manda la Muerte".

Ya en los versos finales de la estancia otra vez la presencia, la inevitable presencia de Dios. El padre que se *halla* en el hijo, que *siente* el hijo y por eso mismo es "comienzo y permanencia de Dios"; pero al mismo tiempo por ser Dios semejanza del hombre, éste "lo nutre y lo prolonga". Dios es en este caso un Dios personal, un Dios estético, o simplemente Dios, o Dios, sin simplemente.

Y al Padre, definitivamente ido y restituido en el recuerdo y en el sentimiento, al Padre que es el *tierno,* el *gozoso,* el *claro* amigo, se le ofrece todo, se le ofrece el canto que es "amor" y es "campana" y se lo ofrece el hombre, que es el hijo, que no es sino "ciprés", "pino" y "corona", es decir armoniosa trilogía funeral.

La tercera estancia evoca el *antes* y el *ahora,* el pasado, el presente. Específicamente se introduce el tema de la muerte, aunque no de la muerte como suceso brusco, como apagón de vida, o llamarada. La muerte es un tranquilo discurrir en la vida. En estos momentos el poema quiebra su estructura. Y se plantea un sabio juego de evocaciones que recorren las escalas conocidas del tiempo. Las referencias temporales ubican el pasado y el presente pero afortunadamente no se esquematizan. Porque un tiempo fue "el antes sin después" o por mejor decir el antes puro que no otra cosa fue el candor de la alegría. En el antes se encajó el después, el ahora que constituye el futuro no presentido. Y los hijos se duelen en el hijo

que canta por el padre que —acechado por "un cerco de relojes"— y en el último instante sin palabras, sacó de Dios los gestos y las palabras que estaban en poder de la muerte. Y fue "el misterio de verlo entre los cirios bendecirnos, / decirnos la palabra que no pudo / ceñir en nuestras frentes como un ramo / de dulces y recónditos adioses".

Es preciso señalar otros aspectos. En la estancia V la noche, el tema eterno de la noche. La noche de *La viva elegía* siempre es una noche metafísica y simbólica tratada en por lo menos nueve derivaciones. La poesía con gran sentido rehúye la noche de astros. La verdad de la noche está más allá del color, de la luz, del espectáculo cercano y distante. Por ello la noche detenida en la frente del mortal viene a ser una oscura presencia indescifrable. Es una noche de "misterio", de "desvelo", de "angustia", de "sangre iluminada", es una noche hecha de "días caídos en las lágrimas". La noche no es la noche sino el "amor tronchado, derribado", la única soledad sonora, la soledad "traspasada por la sed y el destino de los huérfanos" que sigue siendo un incierto destino. Finalmente la noche es —al igual que el llanto— ingrima, definitiva, *pura* porque es *honda,* la noche de la nada, la "noche de la muerte". La noche viene a ser "lo eterno desterrado", en donde el padre que es "Un silencio, / un solo y gran silencio", ni siquiera yace. "Vedle, entre tinieblas, azotado. / Buscadle entre mis párpados llagados. / Asidle entre sollozo y estupor".

Después el poema se hace —estancia VI— filial presencia. El padre es total en el hijo total que es la herencia total. Por eso "la luz indescifrable del espejo" —imprescindible, eterna imagen, muy de Borges también (recuérdese su "Arte poética": "A veces en las tardes una cara / Nos mira desde el fondo de un espejo; / El arte debe ser como ese espejo / Que nos revela nuestra propia cara". v. *Antología personal,* Bs. As., Sur, 1966, 2ª edic.).

En la VII estancia el padre está en el llanto "que es el génesis"; en la IX, la de los diáfanos tercetos elegíacos, afirmaciones y reiteraciones. La muerte es el "distante viaje del hombre hacia su propio nombre" y ese hombre hecho de origen inmutable es una "erguida luz que Dios habita y mueve". Por eso al buscar los pasos del hombre se buscan sus ausencias. El hombre "desterrado por Dios" se halla no obstante atravesado en el pecho del recuerdo. Dios lo quiso así, lo quiere así porque es la eternidad del hombre en el

hombre, es esa eternidad, esa leibniziana continuidad la que *lleva, sostiene, prolonga* al hombre entre los hombres.

De esta manera se aborda —estancia X— el tema de lo eterno. "Alguien me llama desde lo remoto", (...) "Oigo la voz amada" (...) "llamarme con mi nombre y con mis años". Es el padre que quiere desde allá continuar con su vigilia, que sigue siendo padre e interpone su voz entre las vértebras, en la estructura orgánica del hijo para ayudarle a buscar el equilibrio cerebro-corazón, las dos más altas polarizaciones de lo humano.

La XI estancia es la reiteración y la ampliación del tema del alma que se reencuentra "en esto que yo canto". Entonces el padre vive también en el alma del hijo, "en lo profundo y lo sonoro", y constituye el alma profunda y sonora.

La estancia XII, la de los dísticos amables, coloca de nuevo al hombre en tierra, al marinero en tierra. Y la tierra, que es su escenario natural lo "retiene"; pero esta retención lo deteriora, lo "destruye". Y es después que la tierra lo destruye cuando vive "profundo allá en la noche". La noche es ahora lo celeste, y en lo celeste *anda* limitado porque no es Dios, es hombre en lo celeste.

Las estancias finales —XIII y XIV— confirman la importancia del poema. La XIII —reitera la fecha de la muerte del padre— es una invocación del *día noveno,* frase que se convierte en leit motiv. En el poema —porque así es en la vida que retrata— la piedra recobra "su bíblico sentido". Ahora sí es la tarde, es el paisaje. Pero el paisaje no está hecho de postal ni retrato. Claro que es el lugar "donde el amor retiene sus palomas" (...) "y una lenta y dulce campana / suena a lo lejos..." ¡Pero qué cosa! Todo ello no es así por el paisaje. "Una mano muy tierna / se posa cálidamente en nuestras frentes / y nos penetra un aire sagrado por los poros". Y ese es el paisaje. El paisaje del padre. El único paisaje.

Es también en la estancia XIII —en torno al leit motiv del día noveno— cuando se descubre que el hombre es un predestinado del enigma. Que "en lo profundo, / en lo distante, / en lo eterno" existía un día noveno, perduraba un destino inexorable. Es ahora cuando se descubre que en lo cotidiano alienta un algo inescrutable para lo cual resulta bien poca cosa la palabra destino. Por eso en "el libro y la corbata, / en la ventana..." (...) "en la luz y el vino derramado, / en el mantel y el pan, / en la sal del bautismo

y la comida, / en el retrato y la carta y el recibo", en lo cotidiano, pues, en la vida y hasta en el testimonio de la vida, el día noveno, el sino, estaba el hombre "con su muerte a cuestas".

La estancia final, 96 versos, la más extensa del poema sostiene su final. Como lo haría Neruda después en el "Canto a Bolívar", como lo había hecho el Cristianismo desde cuando somos, la indispensable invocación ritual: "Padre mío que estás en el cielo / y en la tierra te hallas, / te levanto en la hora profunda de tu nombre". Es en esta estancia, es también en esta estancia como en todas las demás, donde la poesía establece su mandato sobre cualquier implicación foránea. Aquí la poesía echa mano a la vida sólo para apuntalar la poesía. El lenguaje alcanza alturas con él mismo sin esfuerzo como Dios hace los nidos. Cuando el poeta dice que *aquí* "lo divino por lo humano permanece" habla sólo el poeta. Que vengan otros a explicar su verdad. Cuando expresa que todo su dolor "es una lenta y dulce ciudad abandonada" uno repara en el triste dramatismo de las ciudades abandonadas que son las que se ven, las que se saben de oídas o leídas, pero por sobre todo la que nos abandona porque es la que nos hace ciudad abandonada.

Es en la estancia XIV —el poeta ha tenido que leer lo que dijo, después— cuando el hijo, que es el padre que continúa siendo, sabe que nada lo detiene ni lo concierta, nada que implique concesión a la vida. La dinámica generacional acepta y testimonia lo que va a constituir su ejecutoria. La herencia no se acepta sino que se hace palabra de testigo. "Ardes con tu fuego, vivo y alto, / en la llamarada esencial de mi destino", que es como si dijera, estás en mí, por ti y contigo en lo que eres. En tu fuego no hay nada de mí. Tú "Ardes con tu fuego, vivo y alto", con tu propio fuego.

Pero sólo los hombres elegidos, como son los poetas, como seguirán siendo los poetas podrán advertir y testimoniar la íntima peripecia de lo humano. El hombre está "en lo divino suspendido", vuelto al origen —al de donde venimos de Darío—, a "la materia eterna". Pero estará "*perdido* para el hombre cotidiano" cuyos ojos no ven la otredad de las cosas. Y es lo que ocurre con lo colectivo —masa, común, chusma, muchedumbre— cuando lo colectivo constituye sólo "la pobre multitud del día".

El hombre, pues, el otro, realiza en lo eterno su destino. En el no ser sin cuerpo ni tiempo ni fronteras. Al que queda, al que canta

para que se sepa del destino del otro, del eterno le pusieron palabras inmortales: "Ya tienes el secreto del génesis y el día / y conoces a Dios como a ti mismo. / Ya sabes que es el hombre eterno desterrado / transido de potencias y mundos y agonías".

Y esto pudo decirse. Y esto puede leerse. No pregunten. No indaguen. Se trata de un secreto. Del "secreto purísimo del canto".

4

Para el Centro de Investigaciones Literarias de la Universidad Católica "Andrés Bello", para la revista MONTALBAN al igual que para los Institutos Humanísticos de la UCAB que en ella tienen voz y latido, es verdaderamente satisfactorio auspiciar —treinta años después— la segunda edición de este poema fundamental de Venezuela escondido en su edición lejana de apenas trescientos ejemplares.

EFRAIN SUBERO
Director del Centro de Investigaciones Literarias.

La viva elegía (1943)

Pedro Francisco Lizardo

A mi padre,
en el cielo.

Se la veía venir,
tocaba las almohadas y vigilias,
caía de las cosas, lenta, grave,
en un nocturno hacer y estar y andar,
sonaba sus cristales en todas las ventanas,
iba desalada por la sangre
como una rara música, con un raro sonido,
con una voz lejana y honda
venida de la entraña profunda de lo lejos.

Se la veía venir entre silencios,
desprenderse del hombre y de los días,
de las manos unidas y del llanto.
Se la sentía muy cerca entre los ojos,
ardida imagen, perfil violento y duro,
inasible en la carne de la rosa y el canto.

Se la veía morder la carne recia,
la voz que entre palabras la llevaba,
el pecho donde ardía como una lámpara,
los pies que entre sus pasos la traían.

Se la veía crecer, crecer, crecer
como una llama, como un grito,
como un dolor hundido, lacerante.

Se la encontraba aquí
junto a sus libros, en la pared y el tacto,
trepaba por sus nervios y su pulso,
estaba en el reloj y el día noveno,
en la imagen y el aire de la madre.

Se la encontró una vez entre sus versos,
y otro día doblada entre sus manos,
y una hora la estuvo en sus cabellos
circundada por dulces azahares.

Se la veía venir calladamente
con un paso de pluma —leve cielo—,
como una gota de agua misteriosa,
así, con un rumor de abeja por la tarde,
de campana remota ardiendo en el ocaso,
de sollozo y de ángel y oración.

Se la veía
a todas horas
jugar con el anillo y el misterio.

II

Esto fue en la víspera cuando el llanto
iba naciendo entre los días caídos
como una suave rosa derrumbada.

Nada decía que entonces el instante
en torno de nosotros lo buscaba.

Todo era un largo silencio, una pausa
melancólica y honda,
una palabra diaria,
un decir "buenos días"
y esperar que sus manos nos tocaran.

Todo era estarnos a su lado temerosos
de alzar la voz junto a su voz amada,
y alegres, indecibles,
compartiendo latido y corazón.

Y aquel júbilo puro de su sueño,
y aquel mirar de hombre que se siente
arder entre su barro perdurable,

y aquel decir: "Dios los bendiga"
eterno entre sus labios y su sangre,
abierto cielo exacto en nuestras frentes.

Esto fue en la víspera.
Una tarde sorprendimos su pálido perfil
—medalla viva y alta del crepúsculo—
turbado por remota lejanía.

Una viva penumbra fue llevándolo
al reposo. Y se quedó dormido,
enérgica la línea entre blancuras
de sábanas y almohadas,
cierto el rostro de claro atormentado,
las manos sobre el pecho derramadas,
rítmico el pulso, el corazón alerta.

Mas una luz indescifrable, misteriosa,
hundía sus agujas en la carne,
cruzábale la frente largamente,
bajaba hasta los labios entreabiertos
y sentíasele correr hacia su sangre
con un rumor de árbol derrumbado.

Esto fue en la víspera
cuando el llanto en dolor se levantaba.

III

Antes era la luz ardiendo exacta,
caída de sus ojos, viva rama.
Antes era el amor, el sueño puro,
el corazón vibrando entre sus manos,
la fuerza de su vida incitándonos
al gozo de su nombre y su mirada,
al júbilo de llevarlo en nuestra sangre
y estarnos en su pecho cada hora
viviéndonos en él, en él amándonos,
y era el antes sin después,

sin hielo y llanto, el hoy estremecido
en nuestras voces como una tierna espiga.

Y era todo en el antes como un mundo
que habitara indestructible, permanente.
Ahora ya las voces entre lágrimas,
entre hondos sollozos y campanas
lo buscan, lo recuerdan, lo vigilan.
Aquí queda su cuarto silencioso
habitado por su sombra y el misterio
de verlo entre los cirios bendecirnos,
decirnos la palabra que no pudo
ceñir en nuestras frentes como un ramo
de dulces y recónditos adioses.

Aquí lo vemos vivo, espejo y símbolo
en ternura y zozobra desvelado
por mirarse en nosotros para siempre.

Pero todo fue distancia, lejanía,
remota herida alzada en el costado,
cuerpo desvanecido, llanto frío,
minutos y minutos sin mirarlo,
caída oscuridad, sola presencia.

Un cerco de relojes lo acechaba
y detenida en su pulso iba la muerte.

IV

Y es el llanto,
el puro llanto,
el solo llanto,
aquí, en nosotros levantado,
corriendo desatado como un grito,
rompiendo sus cristales en las voces,
buscando entre memorias su silueta,
su voz de viva ausencia limitada,
su cuerpo por la tierra conmovido.

Porque todos en el llanto nos juntamos,
por lágrima y sollozo y agonía
sufrimos entre penumbra meditando
la cierta soledad, profunda y sóla
y en su tierna materia estremecida.

Y el llanto nos circunda,
nos envuelve,
nos toca entre los párpados
y el sueño,
nos cae en leve sombra
por la frente,
nos une a su memoria
—oh dulce forma de verlo, de llamarlo—,
y ungidos de sosiego nos sostiene.

Porque todo en el llanto está suspenso.

Nada lo limita ni destruye,
nada lo detiene ni violenta.
Es el ángel y el alma y la palabra,
la flor de los destinos y la lucha,
el tibio descender de las miradas,
cristal por corazón iluminado,
ventana del amor y la esperanza.

Oh este llanto de verlo y no tocarlo!

V

Detenida en su frente la noche,
la pura y honda noche del misterio,
la noche del desvelo y de la angustia,
la noche de la sangre iluminada,
la de los días caídos en las lágrimas,
la del amor tronchado, derribado,
la de la única sonora soledad,
la traspasada por la sed y el destino de los huérfanos,
la pura y honda noche de la muerte.

Vedle, entre tinieblas, azotado.
Buscadle entre mis párpados llagados.
Asidle entre sollozo y estupor!

Un silencio,
un sólo y gran silencio
se siente entre su cuerpo
donde el hielo habita sus arterias.

Todo está en la noche.
Allí donde el arcángel se une con la tierra
y la creación es polvo y es ceniza,
y el hombre deja el cuerpo deleznable
y establece una vida muy profunda.

Ah, miradle en lo eterno desterrado!

VI

Padre mío, te busco entre mi nombre,
te llamo y te proclamo en mi verdad.
Estás en mis hermanos y en mi madre,
en la estrella del alba y en el Verbo y en Dios.

Estás entre los dos, fiel habitante
de tu sangre en mis venas prisionera,
árbol donde el amor alzó sus frutos,
vivo esplendor del alma en la materia.

Estás pleno y profundo en mis recuerdo,
atado a mis gestos primordiales,
naces y permaneces en mis gritos,
vives en mis palabras y pupilas.

Eres el ser ardiendo entre mis carnes,
la dulce arquitectura de mis huesos,
el inmortal designio de mi frente,
en cantos destrozada y recobrada.

Eres el brazo que levanto y la ternura
que a veces en mis ojos se descubre,
la luz indescifrable del espejo
que en vez de retenerme te contiene.

Eres toda mi exacta materia limitada,
mi corazón caído de tus manos.
En tu aliento me fundo y permanezco
y tu pulso es la fuerza de mis brazos.

VII

Nadie comprende que hay llantos invisibles
como el amor y el misterio,
que detrás de estos ojos humanos vive el hombre
su viva dimensión de atormentado.
Nadie puede creer que muchas veces
la carne se hace Verbo,
y que otras es Dios un hombre pálido
que busca su imagen semejante entre nosotros.
Nadie conviene en que el alma
puede morir por años y por siglos,
y que hay horas en que somos inmortales,
alegres y gloriosos, sosegados.

No importa, padre, que hayas muerto.
Morir es renacer y estar naciendo,
restituirse al origen y a la tierra,
andarse por el cielo ensimismado.
No importa si en mi vida va tu muerte,
maravillosa, indestructible, cierta,
y algún día como a tí ella me hiera,
de tu muerte y mi muerte confundidas.

Ahora vienen el día y las ausencias,
las tremendas ausencias,
las terribles ausencias,
las fatales ausencias.
No las véis danzar ante tus pasos

ebrias de soledad y de agonía?
No sentís que te tocan con sus hielos?
No las miráis ardidas levantarse
en una gran llama pavorosa,
alzarse como un grito desgarrado,
trémulas, vibrantes, numerosas?

Mas yo canto el alegre dolor de nombrarte,
este goce inmortal y sinfónico
que me destierra de tu voz
y restituye en tu sombra.
Eres el cielo inaccesible del espejo
y la pregunta del hombre lanzada al infinito.
Oh, mi tierno, mi gozoso, mi claro amigo,
padre que en mi te hallas y te sientes,
a ti, vuelto al polvo y a la substancia eterna,
a ti, caído en lo profundo del cielo y de la tierra,
a ti, sagrado limo ardiendo en lo celeste,
a ti, entraña de la tarde y la agonía,
a ti, comienzo y permanencia de Dios, oh semejanza
del hombre que lo nutre y lo prolonga,
a tí, que estás por la muerte restituido,
a ti, este canto, este amor, esta campana.

Porque soy el ciprés, el pino y la corona!

VIII

Hoy te llevo a mis labios,
a mis ojos perdidos, azotados,
a mis brazos donde estás indestructible,
tierna rama de amor y estremecido árbol.

Oigo en mi sangre arder tu propio fuego
con un dulce y lento alegre crepitar.
Y siento el llanto morder mis propios huesos,
mis huesos donde eres la esencia y la substancia.
Allí, remota, subterránea el alma cae

y en lágrimas se vuelve hasta mis ojos.
Allí vive mi pulso buscando su sosiego,
su multitud y plural vigilia del latido.

Hoy estás en el llanto que es el génesis.

IX

Ahora busco mi soledad y mi abandono
donde el llanto es la curva de tu beso
y la palabra en amor se desvanece.

Ahora busco el perfil en tu distante
viaje del hombre hacia su propio nombre,
erguida luz que Dios habita y mueve.

Ahora busco tu muerte, tu silencio,
tus pasos inmortales por el cielo,
libres en la pura eternidad del alma.

Ahora busco tus ojos donde a veces
iban mis ojos en lágrimas ardidos,
habitantes profundos de tu luz.

Ahora busco en mi sangre tu sonido,
tu gozo, tu metal y tu agonía,
sonándome y llenándome los huesos.

Ahora busco tu nombre derramado
en la tierra, en el árbol, en el agua
y en la mano de Dios que te mantiene.

Ahora busco lo fiel de tu retrato
olvidado en el llanto de mi madre,
abrazado a su cuerpo como un niño.

Ahora busco la cruz donde tus brazos
nacen y se prolongan cada día
hacia el tibio color de nuestra almohada.

Ahora busco tus pasos, tus ausencias,
tu blanco amor, mi claro desterrado
por Dios y en su substancia ardiendo.

Y te hallo entre mi pecho atravesado,
caído entre mis vértebras, fundido
en la llama y el fuego de mi frente.

Ahora estás en mí, ya no te busco,
te llevo, te sostengo, te prolongo.

X

Alguien me llama desde lo remoto,
de ese cierto país donde lo creado
un día se derrumba y se levanta,
se vuelve polvo y luz,
sonido y llanto.

Oigo la voz amada
exacta, conocida,
caer desde lo hondo
de mi triste materia conmovida.

La siento por mi frente
pasarme sus metales y sonidos,
quemarme, restituirme, acompañarme,
llamarme con mi nombre y con mis años.

La veo entre mis vértebras alzarse,
buscar el equilibrio de la sangre,
hallar el corazón y mi cerebro.

Está definitiva en mí y en ti,
porque de ti, mi dulce y claro padre,
me viene y nutre y habla.
Por ti, sonido por cenizas limitado,
luz por la llama del Verbo estremecida,
y llanto donde Dios alza su torre,
nace y me conmueve y me comparte.

Alguien me llama, padre, tú lo sabes
y en tu sagrada resina voy hundido.

XI

El alma es lo profundo y lo sonoro,
la luz sagrada que de los huesos mana,
el cielo detenido en nuestra sangre,
la lenta y tibia dulce muerte-muerte,
que nutre los silencios y los llena
de una música honda, enamorada,
y levanta en las frentes el misterio
dulcísimo y violento donde Dios
es uno en tres personas convertido.

El alma es esto que yo canto,
que bendigo, que lloro, que deseo.
Es este brazo dolido donde vive
en rumor desolado repitiendo su llanto,
esta suave tristeza de nombrarlo
y buscar como ciego su perfil,
y tocarlo como el humo en el recuerdo,
y sentirlo en la memoria levantarse.

Porque el alma es este sueño inmortal
de saberlo en mí mismo aposentado.

XII

La tierra te retiene y te destruye
y te vuelve al origen que es el llanto.

Estás vivo y profundo allá en la noche
donde el día se desvanece y cae.

Te miro arder en lo celeste
y andar en lo celeste limitado.

Todos piensan que has muerto y en el polvo
te buscan sin hallarte ciertamente.

Todos creen que estás en lo terreno,
derribado y sujeto en su substancia.

Pero nadie te mira en nuestros labios,
ni te busca en los ojos de mi madre.

Ni te siente andar entre mis actos
donde el amor te ata con sus dedos.

XIII

(Cuando tengamos que decir su nombre,
su tibio y dulce nombre,
donde el amor retiene sus palomas
y recobra la piedra su bíblico sentido,
y una lenta y dulce campana
suena a lo lejos como si la tarde
o el alba en ella se vinieran,
y una mano muy tierna,
se posa cálidamente en nuestras frentes
y nos penetra un aire sagrado por los poros.
entonces, antes de entonces,
busquemos en nosotros el día noveno).

A la hora del tacto
y el silencio,
y el fuego de los ojos
inundando los párpados,
aquí —puñal ardido y lacerante—
el día noveno.

Casi al borde del hombre,
junto al signo sagrado
de la tierra,
allá,

donde nace el misterio
impalpable,
inasible —piedra de soledad—,
el día noveno.

En la última estrella detenida
que su frente habitaba,
en lo profundo,
en lo distante,
en lo eterno,
allá, donde el Verbo
incendia la materia,
—hermético, impasible—,
el día noveno.

En lo obscuro remoto,
entre hielos,
hielos
y cenizas,
andando por el júbilo
del sueño,
hiriendo con su espada
de llanto y sal y llanto
el gozo de mirarlo
y llamarlo
y tocarlo,
allá —oculta luz de cieno—
el día noveno.

En el ardido limbo de la sangre,
exacta, numerosa,
levantada,
en la luz inmortal
que de los huesos del hombre
se alimenta,
y en el árbol profundo,
innumerable,
cósmico,
ebrio de eternidad
y fuego de astros,
en ese árbol divino del cerebro

donde el Creador dejó su canto,
allí,
escondido,
—curva y relámpago,
destino—,
el día noveno.

Con él,
a todas horas,
en la calle, en la palabra,
en la cama tendida y tibia almohada,
en el amigo y la mujer,
en el santuario y la oración,
y el óleo bendecido,
en la llama — tan trémula—
de la honda y amorosa lámpara
que encendían sus manos cada día,
en la imagen y el libro y la corbata,
en la ventana y el cielo suspendido
por los cuatro costados del postigo,
en la luz y el vino derramado,
en el mantel y el pan,
en la sal del bautismo y la comida,
en el retrato y la carta y el recibo,
en su firma y la fecha de su santo,
en la sombra del hijo proyectada
en sus brazos,
en el súbito abrir de alguna puerta,
en los labios que lo pronuncian y lo llaman y lo besan,
y él bendice,
en el aire y la tierra y la esperanza,
el día noveno
con su muerte a cuestas.

XIV

Padre mío que está en el cielo
y en la tierra te hallas,
te levanto en la hora profunda de tu nombre,

aquí, en la vigilia de tu sangre y mi ser
confundidos en una misma sangre armoniosa,
en un mismo latido inmortal,
en una sola y limpia frente
donde el ángel busca la curva de su vuelo
y la estrella más pura su reflejo,
aquí, donde lo divino por lo humano permanece
y alienta y palpita y estimula.

Todo mi dolor es una lenta y dulce
ciudad abandonada que levanta sus torres
al amor y al sueño,
porque ya eres en ella su primer habitante esperado,
su número perfecto,
su resplandeciente corazón,
su pulso ardoroso y musical
nacido de lo hondo del hombre,
de su entraña divina y amorosa.

Nada me detiene ni concierta.
Te llevo en mi silencio sin márgenes ni olvidos,
aferrado a mi palabra y a mi muerte,
indestructible entre mis tuétanos ardidos
por tu voz, tu sosiego, tu distancia.
Estás limitado por mi abrazo y agonía
por el polvo bendito de mi carne
y el tibio resplandor de mi ceniza.
Ardes con tu fuego, vivo y alto,
en la llamarada esencial de mi destino.
Eres mi órbita, mi línea equinoccial,
mi suave persuasión del mundo
y el secreto purísimo del canto
urgiéndome el sonido, la escala, la armonía.

Estás circundado de cielo y tierra y llanto.
Un límite de hielo te retiene en la noche,
más allá de la gloria derrumbada del día,
del lucero y el alba y el pastor y el gañán,
más allá de la dulce colina del silencio
y del humo imperfecto del ensueño
nacido de tu pipa insobornable.

Más allá de ti mismo, de tu nombre,
entre fríos desatados y aguas lentas
movidas por arcángeles hermosos
y tiernos serafines y doncellas.

Estás en lo divino suspendido,
vuelto al origen y a la materia eterna,
perdido para el hombre cotidiano,
para la pobre multitud del día,
vuelto al hombre inmortal que Dios habita.

Estás en el desvelo y el sollozo,
en la lágrima y el llanto derramado,
resina del amor conque te ungen
la esposa que te mira entre sus ojos
como una tibia lámpara encendida
nacida de su sangre desolada,
y el grito de tus hijos que te llama
con tu voz inundando sus palabras.

Padre mío que estás en los cielos
y en la tierra nos dejas y levantas
como un sagrado árbol que creciera
de tus huesos caídos en el barro
del origen y el tiempo,
ya nada puede detener tu viaje
ni tu huella besar sin ver tus pasos
hundidos en la nieve de lo eterno,
donde el hombre es lo infinito, lo profundo,
la imagen de su propia semejanza.
y el alma ya desnuda, liberada.

Hoy digo tu nombre, padre mío,
amigo, camarada, hermano,
cerrándole los ojos maravillosos a la muerte,
olvidando la luz del día noveno,
y tu inmóvil perfil entre sábanas y cirios, recostado
bajo un tibio y sostenido llanto
que fue tu íntima y dulce corona de laurel,
tu puerto de retorno a lo divino,
tu pan penúltimo y postrero.

Ya estás tranquilo en la honda mansedumbre
del cielo y de la tierra,
servido por ocultas corrientes minerales
donde a diario un ángel se detiene
y te llama a su altura, a su morada.
Ya tienes el secreto del génesis y el día
y conoces a Dios como a ti mismo.
Ya sabes que es el hombre eterno desterrado
transido de potencias y mundos y agonías.

Ahora digo tu nombre y te levanto,
símbolo puro, estatua de mi sangre,
impulso generoso de mi marcha,
ritmo donde mi corazón tiene su acento
y mi centro nervioso su equilibrio.
Ahora digo tu nombre, padre mío,
repetido en el árbol, el fuego y la campana,
y con la luz del llanto te ilumino,
te recobro, te sostengo, te vigilo.

Valencia: año de 1943;
principios de Junio,
finales de Noviembre.